

IV



os días que duró aquel viaje pasaron como un sueño para Saint-Julien. Tenía la princesa un talento singular para sacar de cada cuestión todo el partido posible, para simplificarla, ponerla en claro y engalanarla enseguida con toda la magia de su vasta y brillante imaginación: todas sus opiniones revelaban un alma fuerte, una voluntad implacable, una lógica concisa y severa. Aquel carácter varonil deslumbraba al joven conde; sólo una cosa le afligía, y era no entrever en él algo más de sensibilidad: un poco más de sentimiento y un poco menos de raciocinio, hubieran hecho aquel carácter más seductor sin quitarle acaso su prestigio: pero Saint-Julien no sabía aún á punto fijo si se engañaba augurando mejor de la belleza de su inteligencia que de la bondad de su corazón. Acaso aquella alma tan grandiosa tenía aún más de una faz que mostrarle, más de un tesoro que revelarle; sólo le afligía verla más dispuesta á la crítica que á la simpatía, cuando se apartaba de la realidad positiva para echarse á volar por el campo de alguna vaga teoría sentimental.

Y por otra parte, sin embargo, apreciaba aquella frialdad de imaginación que debía, á su parecer, provenir de unas costumbres rígidas é irreprochables. La casta familiaridad de sus hábitos y de sus palabras acababa de borrar la mala impresión que le hicieron á primera vista sus desenvueltos modales y brusca familiaridad. ¿Cómo conciliar además los principios de orden y de noble armonía que con tanta convicción emitía á cada paso la princesa, con costumbres de desorden y libertinaje? La depravación en un alma tan elevada le parecía una monstruosidad irrealizable.

Poco después le pareció que aquella mujer ocultaba su bondad como una flaqueza, pero que ardía en su alma un tesoro de caridad y mansedumbre. Ocupábase exclusivamente en teorías filantrópicas y se indignaba de hallar en su tránsito tantas miserias sin auxilio: imaginaba entonces medios para remediarlas y se asombraba de que ya otros no los hubieran imaginado antes.

Hablaba de la dificultad de mantener una buena armonía entre los gobiernos y los pueblos, pero no la creía insuperable. Después de haber examinado profundamente y criticado el sistema de todos los gabinetes de Europa, cuyos más recónditos secretos sorprendía su penetrante mirada, erigía sobre bases filosóficas su sistema de gobierno absoluto.

—Los grandes reyes hacen los grandes pueblos — decía; — todo se reduce á este axioma tan sabido, pero todavía no ha habido grandes reyes sobre la tierra. Ha habido grandes capitanes, héroes de ambición, de inteligencia y de valor, pero no un solo príncipe juntamente valeroso, bueno, ilustrado, frío, firme en sus propósitos; en todas las biografías ilustres, siempre asoma por algún lado la flaca naturaleza. No es esto decir que se deba abandonar la obra y desesperar del porvenir del mundo; la inteligencia humana no ha llegado aún al límite en que debe detenerse; todo lo que se puede concebir bien es ejecutable.

Después de haber hablado de esta suerte, caía en profundas cavilaciones; fruncía ligeramente el ceño, y su sombría pupila parecía hundirse en sus órbitas; la ambición dilatada su encendida frente: parecía una hija de Napoleón.

—En aquellos momentos, ¿qué es la caridad, qué es el amor? — se decía Saint-Julien — ¿qué son todas las virtudes, y

todas las poesías, y todos los sentimientos delicados y tiernos, para un alma abrasada de esas inmensas ambiciones?

Pero cuando la veía echar á los pobres el oro de su bolsillo y aun parte de sus vestidos, cuando la oía con voz cariñosa y aun maternal, informarse con interés de las dolencias ajenas y consolar á los afligidos, más le llegaban al alma estas muestras de bondad familiar que otras acciones más grandes hechas por otra mujer.

Un día cayó un postillón debajo de sus caballos, y fué gravemente herido. La princesa fué la primera que voló en su auxilio, y sin temor de manchar su rico traje con la sangre y el polvo, sin temor de ser herida por los pies de los caballos, en medio de los cuales se metió sin reparar en nada, le soco-



rió y vendó con sus propias manos. Hízolo con tanto celo é inteligencia, que Saint-Julien hubiera creído que había en aquello alguna afectación, á no haberla visto reprender seriamente á su paje que ponía el grito en el cielo por un rasguño, reprender colérica á los mendigos que ostentaban á sus ojos llagas postizas, y despreciar en una palabra todas las ocasiones que se le presentaban de hacer gala de una compasión inútil y crédula.

Llegaron, en fin, á Montereale, y la princesa, haciendo abrir su coche, enseñó á lo lejos á Saint-Julien las torres de una lindísima fortaleza en miniatura, que dominaba su capital; pronto apareció ésta también blanca y graciosa, como una tacita de plata, en medio de un delicioso valle. La guarnición, compuesta de quinientos hombres, salió á recibir á su amable soberana; las doce piezas de artillería de los castillos metieron todo el ruido que pudieron, y en las puertas de la ciudad pronunciaron los magistrados su inevitable arenga.

Recibió Quintilia, al parecer, todos aquellos honores con un poco de altivez y de ironía; acaso hubiera soportado mejor aquellas fastidiosas formalidades si las hubiera realzado á

merced de su orgullo el brillo de un más vasto poderío; esto no obstante, tomóse el trabajo de hacer á Saint-Julien los honores de su pequeño principado con suma gracia y amabilidad. Tuvo la sensatez de no mostrarse muy corrida de la ridiculidad de sus magistrados, de la mezquindad de sus fuerzas militares, y de la concisión de sus dominios; no dejó de reirse francamente de todo lo que lo merecía, sin perder no obstante ninguna ocasión de hacerle observar con maña y destreza los efectos de una prudente administración.

Pero todos sus afanes eran superfluos; Saint-Julien, que nunca había visto más que los descascarados torreones del solar hereditario y sus rústicas cercanías, no podía ver sin una admiración pueril, todo aquel aparato de monarquía doméstica. La belleza del cielo, los vivos colores del país, la elegancia del palacio construido en el gusto oriental por los diseños de la princesa, la prosopopeya de los señores de su pequeña corte, los trajes algo anticuados, pero ricos, de los altos empleados, todo tomaba á los ojos del joven conde un aspecto de esplendor y majestad que le hacía mirar su suerte como un sueño.

Cuando llegó á su palacio, tan sitiada se vió Quintilia de agasajos y reverencias, que no pudo ocuparse en instalar á su nuevo secretario; cuando quiso éste tomar algún descanso, los criados, midiendo su consideración por la magnificencia de sus vestidos, le enviaron á una guardilla. Resignóse él sin dificultad; delicado de complexión, y poco habituado á la fatiga, no tardó en dormirse profundamente.

Al día siguiente por la mañana entró á despertarle la Ginetta.

—Señor conde— le dijo con la seriedad propia de persona que conoce toda su dignidad— aquí no está usted bien. Su Alteza no sabe dónde le han alojado á usted; pero como no tuvo tiempo ayer para ocuparse en nada, suplica á usted que espere aquí un día ó dos, que salga lo menos posible, que no se haga ver de muchas personas, que no hable á ninguna, y que esté seguro de que se ocupa de instalarle de un modo de que ciertamente quedará contento.

Después de este discurso saludó la Ginetta, y salió con aire majestuoso; el joven se conformó religiosamente á las órdenes de su soberana. Un ayuda de cámara, ya algo cano-

so, le llevó manjares sumamente apetitosos, le sirvió respetuosamente sin hablarle una sola palabra, y le entregó algunos libros. Tales fueron las únicas pruebas que tuvo, por espacio de tres días, de que se acordaba de él la princesa.

En la noche del tercer día, cuando empezaba ya á impacientarse y á no recibir mucho gusto de verse así abandonado, oyó, al mismo tiempo que la campana del reloj, que daba las doce, las ligeras pisadas de una mujer, y de nuevo se presentó la Ginetta.

—Sígame usted, señor conde—le dijo con tono respetuoso, pero con una mirada un si es ó no es burlona:—Su Alteza Serenísima me manda que le conduzca á usted á su nuevo domicilio.

Siguióla Saint-Julien cruzando una multitud de corredores en los pisos más altos del palacio; al cabo de mil revueltas abrió la Ginetta una puertecilla, cuya llave llevaba consigo; pero al ir á entrar el joven por ella, lanzóse á ellos un hombre todo encendido y colérico exclamando:

—¿Á dónde se va?

—¿Qué le importa á usted?—respondió la atrevida doncella.

Á la vacilante claridad de la luz que ésta llevaba en la mano, reconoció Saint-Julien al escudero ó ayudante de campo Lucioli, que fulminaba sobre él centelleantes miradas.

—Yo tengo el mando de esta parte del castillo—les dijo—y nadie pasará sin mi permiso.

—Aquí hay otro que vale algo más—dijo la Ginetta presentándole un papel.

Examinóle Lucioli, le hizo trizas entre sus manos con fiera exasperación, y le tiró al suelo profiriendo un horrible juramento; luego desapareció, después de haber echado á Saint-Julien una nueva mirada de rencor y de venganza.

Aquella rápida escena reavivó todas las dudas del manco.

—Ó yo soy un perro—dijo entre sí—ó esta conducta es la de un amante abandonado que ve en mí su sucesor.

Tanto le turbó esta idea que llegó todo trémulo al pie de la escalera: cuando la Ginetta se volvió para entregarle la llave del cuarto, estaba pálido y apenas podía sostenerse sobre las rodillas.

—¿Qué es eso?—le dijo la niña de los vivaces ojos—¿tenemos miedo?

—No de Lucioli, señorita—respondió con frialdad Saint-Julien.

—Pues entonces ¿de quién?—le preguntó con ingenuidad.—Pues, señor, aquí está usted en su cuarto; la princesa le pasará á usted recado mañana, cuando pueda recibirle; un servidor particular responderá á esta campanilla. Buenas noches, señor conde.

Echóle esto diciendo una mirada equívoca en la que no pudo Saint-Julien distinguir la ingenua malicia de un niño de la donosa zalamería de una coqueta; casi temió el joven tenerse á sí mismo por sobradamente presuntuoso.

Estaba la estancia primorosamente adornada; era todo tan nuevo y flamante, que no pudo menos Saint-Julien, á pesar de sus escrúpulos, de persuadirse que aquella habitación había sido preparada exprofeso para él. La austera sencillez de los adornos, la sobriedad de las cosas de lujo, la buena elección de los objetos parecían estar expresamente destinados á su gusto y á su carácter. Los grabados representaban los retratos de sus poetas favoritos; los libros que él prefería llenaban los estantes cerrados con puertas de cristales; hasta había una gran Biblia entreabierta en un salmo que muchas veces había citado con admiración durante el viaje.

—Es imposible que todo esto sea efecto de la casualidad—dijo:—¿pero quién soy yo para que de esa suerte piense en mí, para que me honre con una amistad tan delicada? ¡Quintilia! ¡Quintilia! Cualquiera que sea el escarnio que hagan de mí los hombres, por muy desgraciado me tendría si hubiera de trocar el tesoro de este casto y puro afecto por una noche de tu placer!... Y sin embargo ¿cuál es mi orgullo para aspirar á ser el solo y único amante de una mujer como ella? ¿Soy loco ó necio?

Al día siguiente por la mañana se decidió á tirar del cordón de seda de su campanilla, menos porque tuviera necesidad de un criado, que por un sentimiento de vaga é inquieta curiosidad, aplicada á todas las cosas que le rodeaban: dos minutos después vió entrar al paje de la princesa. Era éste un muchacho de diez y siete años, pero tan pequeño y endeble que cualquiera le hubiera dado doce. Su movimiento y delicada

fisonomía, su aire jovial, atrevido y petulante, su traje teatral, su melena rubia y bien rizada realizaban el más pequeño tipo de paje travieso, de niño mimado que llevó jamás el abanico de una reina.

—¡Cómol ¿eres tú, Galeotto?—dijo con sorpresa el joven conde.

—Sí—yo soy—respondió el paje con altivez; la princesa me pone á tus órdenes, pero escucha: nunca olvides que me llamo Galeotto degli Stratigopoli y que soy tu igual en todo: si la pobreza ha hecho de mí un aventurero, jamás podrá convertirme en lacayo: ten pues entendido que soy aquí amigo y compañero. Yo obedezco á la princesa y la serviré de rodillas porque es mujer y hermosa; pero á ti, nunca consentiré en servirte más que por favor. ¿Estamos?

—No tengo necesidad de un servidor—replicó Saint-Julien—y si la tengo de un amigo. Ya ves que la casualidad me favorece, ¿no es cierto?

Galeotto le presentó su mano, y una sonrisa amistosa entreabrió su rosada boca armada de una magnífica dentadura.

—Bien me decía su Alteza—prosiguió—que no tardaríamos en entendernos y en vivir como hermanos. La princesa quiere que no tengamos ninguna comunicación con los criados; jóvenes como lo somos, pobres como lo fuimos, no necesitamos ayudas de cámara, pero tenemos necesidad mutuamente de consejos y de compañía; para eso nuestras celdas están inmediatas una de otra, una campanilla comunica de ti á mí... pero, tenlo presente; la misma comunicación existe de mí á ti; y para principiar, escucha.

Salió el paje y poco después sonó como vibrada con autoridad una campanilla escondida entre las colgaduras de la cama de Saint-Julien; comprendió éste y se apresuró á salir de su cuarto; al cabo de pocos pasos, vió á Galeotto en la puerta del suyo.

—Iba á buscarte á la casualidad—dijo Saint-Julien—porque no me has dicho, caro mío, dónde reside tu señoría; pero en fin aquí me tienes á tus órdenes.

—Bien está—dijo el paje—ahora volvamos á tu cuarto que te voy á ayudar á vestir. Esto es cosa de suma importancia—añadió viendo que Saint-Julien ponía mal gesto;—no hago más que cumplir lo que se me ha mandado; déjame.

Sacó entonces Galeotto del bolsillo una llave de plata sobre-dorada con la que abrió un gran cofre de cedro que servía de cómoda en el cuarto de Saint-Julien: sacó de él algunos vestidos de forma extraña que desagradaron al joven francés.

—Eres un pobre hombre, amigo mío—le dijo el paje:—si temes ponerte en ridículo echándote á cuestras un vestido de teatro, no debiste aceptar el dominio de una mujer. ¿Olvidas que hacemos aquí los primeros papeles después de la mona y del papagayo? Eso mismo hice yo la primera vez que me quitaron mis manteos raídos (porque es de advertir que me escapé del seminario por encima de las tapias) para ponerme esta ropilla de seda, estas mangas bordadas y estas plumas con que parezco un kakatoes (1): lloré, pateé (entonces tenía doce años), quise hacerlo todo añicos y tirar la gorra al tejado; pero la Ginetta, que es una muchacha de talento, me dijo lo que hacía el caso y te aseguro que este es el día en que me encuentro como el pez en el agua.

Mira—añadió el travieso pajecillo contoneándose en frente de un espejo en que se reflejaba de los pies hasta la cabeza—esta pierna hecha á torno y este pie de mujer: ¿no serían cosas tiradas á la calle bajo un pantalón de soldado y una bota húngara? ¿Crees que sería tan airoso mi talle, que serían mis movimientos tan graciosos bajo las trenzas de un dorman ó bajo el paño de un frac grosero? Por lo que hace á mis encajes, no son mucho más blancos que mis manos, que es todo lo que hay que decir, y mis cabellos que acaso te parecerán algo afeminados, conde amigo, tienen el honor de que todos los días los rice y perfume la Ginetta. El cuidado de saber lo que nos sienta bien debe fiarse á las mujeres; donde ellas reinan, créeme, no somos muy dignos de compasión.

—Galeotto—dijo Saint-Julien, cediendo con aire pensativo á sus instigaciones—si es así, te confieso que no es muy de mi gusto esta corte. Tú eres decidor, alegre, brillante; esta vida debe agradarte; además, aún no has llegado á la edad en que se hace sentir la necesidad de ocupaciones más serias; tienes ya, es cierto, la noble altivez de un hombre, pero aún

(1) Loro de las islas Filipinas; tiene el plumaje blanco y una cresta amarilla.—(N. del T.)

conservas la feliz impresión de un niño. Yo por mí ya soy viejo, tengo un carácter melancólico, un natural reservado y frío. Una vida de bullicio y diversiones no me conviene por ningún estilo; yo no sé agradar á las mujeres; en una palabra, preferiría vivir como un hombre.

—¡Admirable princesa!—exclamó Galeotto abrochándole su jubón de terciopelo negro.

—No quisiera en verdad cargar con un fusil al hombro y formar en un cuerpo de guardia—continuó Luís;—conozco que no he nacido para esa vida apareada, enemiga del desarrollo de la inteligencia.

—¡Sublime sensatez de su Alteza!—repuso el paje, atándole encima de la rodilla un arillo de plata cincelada.

—Pero desearía—continuó Saint-Julien—poder ocuparme aquí en algún trabajo útil, y tener el derecho de consagrar al estudio mis horas de descanso.

—¡Viva su Alteza Serenísima!—exclamó el paje.

—¿Pero qué es eso? ¿No me escuchas?

—Todo lo contrario—respondió el muchacho—y lo que me admira escuchándote, es que su Alteza te conozca ya tan á fondo. Todo eso que me estás diciendo me lo dijo ella anoche, y bien conocerás que después de haberte calado tan admirablemente, tendrá demasiado talento para apartarte de tu vocación. Todo lo que deseas te lo ha preparado ya; ha entrado en el fondo de tu cerebro por las niñas de tus ojos, y ha estudiado tu alma en el sonido de tu voz; ten cachaza por algunos días, y si no estás contento con tu suerte, ya puedes pensar en ahorcarte, porque es señal de que padeces *spleen*. Entretanto mírate al espejo, y dime si la elección de ese traje no revela en nuestra soberana el sentimiento del arte, y la inteligencia del corazón.

—Veo que eres muy irónico—dijo Saint-Julien mirándose sin verse;—yo no soy así.

—¿Eres quisquilloso?

—Acaso un poco, con rubor lo confieso.

—Haces mal; pero á fe mía que no lo digo en broma. Mírate; me voy para no intimidarte.

Cabizbajo quedó el mancebo enfrente del espejo, sin pensar en seguir el consejo de Galeotto; poco á poco fué empujando á mirarse con disgusto al principio, luego con sorpre-

sa, y al fin con cierto placer. Aquella ropilla negra, aquella ancha valona blanca, aquellos largos cabellos caídos sobre las sienes se adecuaban tan bien con el rostro pálido, el continente tímido y la expresión lánguida y algún tanto desconfiada del joven filósofo, que después de haberle visto de aquella suerte no era posible imaginársele vestido de otro modo. Nunca había reparado Saint-Julien en su buena figura, ni se la había advertido tampoco ninguno de sus rústicos amigos; antes por el contrario le habían acostumbrado á mirar la delicadeza de su complexión como una falta de naturaleza y una organización bastante despreciable. Entonces por la primera vez, viéndose semejante á un tipo que muchas veces había admirado en las copias grabadas de los cuadros antiguos, se admiró de no hallarse tan desairado como creía. Brilló en su rostro una ingenua satisfacción, y en ella embebecido estuvo cerca de un cuarto de hora en éxtasis delante de su propia imagen, olvidándose de todo completamente, y tomando el espejo en que se miraba en su inmovilidad contemplativa, por un hermoso cuadro suspendido delante de él.

Dos caras risueñas que aparecieron de pronto en el segundo término destruyeron su ilusión; salió como de un sueño y vió detrás de sí al paje y á la Ginetta que le aplaudían destornillándose de risa. Algo confuso de verse sorprendido de aquella suerte, apoyóse de espaldas en la pared el joven conde y cruzando los brazos esperó á que acabasen de exhalar su loca alegría; pero no bastó á ponerla coto su mirada triste y desdenosa.

El paje dió un brinco sobre la cama apretándose las costillas, y la Ginetta se dejó caer al suelo con el donaire y soltura de una gatita juguetona.

Luego levantándose de repente y cruzando los brazos, se apoyó también de espaldas en la pared, precisamente en frente de Saint-Julien y en la misma actitud que él; luego le miró de pies á cabeza con suma formalidad.

Volviéndose en seguida al paje, díjole en tono grave:

—La pierna algo delgadilla y las rodillas muy juntas, pero no hace mal; nada de eso!...

Picado y corrido estaba ya el conde en alto grado, cuando oyó dar las once; entonces el paje y la doncella dando un

respingo como lebreles al sonido de la bocina, le asieron cada uno de un brazo, diciendo:—Pronto, pronto, á la obligación!—y antes de que tuviera tiempo para saber lo que le pasaba, se halló en la estancia de la princesa.



V

STABA Quintilia reclinada sobre ricas alfombras, aspirando el aroma del sándalo en una larga pipa cubierta de pedrerías; su traje era como de costumbre, á la griega, pero de un lujo asiático. Sus vestidos de seda de la India con fondo blanco

bordado de flores, estaban recamados de infinitos adornos de piedras preciosas; su garganta y sus brazos deslumbraban con sus magníficos diamantes. Un gorro griego de terciopelo azul celeste, puesto de lado sobre sus largos cabellos des-trenzados, estaba bordado de perlas finas con rara perfección. Un riquísimo puñal brillaba en su faja de cachemira; dormía á sus pies un cervatillo domesticado del Ganges, alargado el hocico sobre una de sus sutiles patas. Apoyada en el codo y rodeándose del fragante humo del sándalo, la princesa, sólo entreabiertos los párpados, parecía sumergida en uno de aquellos éxtasis cuya serena dulzura saben saborear tan bien los pueblos de Levante. Empezó la Ginetta á prepararla el café y el paje á llenar su pipa, que ella le alargó con aire indolente, después de haberle hecho con la cabeza un casi im-